



Contribuciones desde Coatepec
ISSN: 1870-0365
rcontribuciones@uaemex.mx
Universidad Autónoma del Estado de México
México

La poética del deseo en el *Quinteto de Mogador* de Alberto Ruy Sánchez

de la Torre Zepeda, Laiza Sabrina

La poética del deseo en el *Quinteto de Mogador* de Alberto Ruy Sánchez

Contribuciones desde Coatepec, núm. 35, 2021

Universidad Autónoma del Estado de México, México

Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28167899006>



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional.

La poética del deseo en el *Quinteto de Mogador* de Alberto Ruy Sánchez

Laiza Sabrina de la Torre Zepeda
Universidad Autónoma del Estado de México, México
laizadetorre@gmail.com

Redalyc: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28167899006>

Recepción: 07/04/2020
Aprobación: 08/07/2020

RESUMEN:

La poesía es unidad del instante; llena de intensidad, de asombro, a quien se adentra en ella. En esta experiencia de asombro y revelación cabe la palabra de Alberto Ruy Sánchez, denominada por el mismo autor como prosa de intensidades. Esta prosa se presenta como inalcanzable, por momentos se tiene como el mismo deseo: es sentir un instante que va hacia uno mismo, pleno de sensaciones. El sentido de la imagen poética es una presencia instantánea y total que requiere la valoración de aquello que esconde y promete mediante la palabra.

PALABRAS CLAVE: Poesía, Prosa de intensidades, Imagen poética.

ABSTRACT:

Poetry is a unit of the instant, full of intensity, of astonishment to those who enter it. In this experience of astonishment and revelation, the word of Alberto Ruy Sánchez fits, considered by the same author as prose of intensities. This prose is presented as unattainable, at times it has the same desire: it is to feel an instant that goes towards oneself, full of sensations. The sense of the poetic image is an instantaneous and total presence that requires the assessment of what it hides and promises through the word.

KEYWORDS: Poetry, Prose of intensities, Poetic image.

INTRODUCCIÓN

Me convierto en lo que veo, en lo que piso y respiro, lo que se va deteniendo o lo que pasa acelerado, lo que a mis pies o en el cielo se borra cuando ha pasado, lo que mis ojos olvidan, lo que mis párpados sueñan. ALBERTO RUY SÁNCHEZ

La poesía posee la fuerza de lo inagotable, de una verdad nunca conquistada; es unidad del instante que llena de intensidad, de asombro, a quien se adentra en ella; es el encuentro con un sujeto creador donde se identifican la vida, la verdad y el conocimiento. Solo basta obtener la experiencia que ofrece la vida; en otras palabras, un verdadero saber se abre en cada persona y se revela de una manera intensa en lo que experimentamos por medio de los sentidos, emociones y sensaciones.

En esta experiencia de asombro y revelación cabe la palabra de Alberto Ruy Sánchez, denominada por el mismo autor como prosa de intensidades: “en la prosa de intensidades, la imagen domina sobre cualquier anécdota, y ésta sola es aceptada cuando sabe convertirse en imagen, es decir, en materia de la poesía” (Ruy, 1988: 72).

El lector de la prosa de intensidades es capaz de leer poesía para adentrarse en esas palabras sobresaltadas, reveladas en ese instante. El sentido de la imagen poética es la imagen misma, una presencia total que requiere una valoración de aquello que esconde, que promete mediante la palabra: “la imagen dice lo indecible: las plumas ligeras son piedras pesadas. Hay que volver al lenguaje para ver cómo la imagen puede decir lo que, por naturaleza, el lenguaje parece incapaz de decir” (Paz, 2010: 106). El lenguaje y la palabra son el medio, el poema lo trasciende; solo queda la imagen, la que conduce a nuestra percepción para darle sentido al objeto.

Dentro de la poesía el espacio es relativo, como la exploración del cuerpo que se manifiesta en la prosa de intensidades; es entrar en historias y experimentar sensaciones a través de lugares nuevos donde se descubre

con asombro cada detalle al sentirlos: sitios como ciudades que se convierten en el cuerpo del amante o viceversa; es la exploración, un encuentro inacabado. Es también abismarse en el lenguaje del deseo, del sueño infinito, como una flor que se abre en el jardín y se convierte en miles de posibilidades; jardines a la medida del cuerpo, esas partes que la gente busca para convertirlos en paraíso, semillas del deseo donde la geografía erótica se hace infinita esperando descifrar el secreto que se intenta revelar.

Leer a Ruy Sánchez es remontarse a un universo sensorial conducido por los ritmos de las palabras; un lenguaje que hace vivificar los sentimientos, sentirse como un personaje más de esa ciudad imaginaria: un *sonámbulo*, en palabras del autor. Así es la prosa de intensidades: asombro como la poesía, éxtasis del momento a través de la experiencia que ofrece la lectura; hay que salir de ella para vivirla. Esta prosa es constante en los cinco textos que componen al *Quinteto de Mogador. Nueve veces el asombro, Los nombres del aire, En los labios del agua, Los jardines secretos de Mogador y La mano del fuego*.

LA PROSA DE INTENSIDADES EN EL CICLO DEL DESEO DE MOGADOR

La prosa de intensidades es una revelación del instante que surge a partir de una búsqueda; el viaje a Mogador significó el reconocimiento del lugar, hacerlo propio para mostrarlo a los demás, lo que provocó en el autor una gama de emociones que desencadenó el viaje imaginario. Alberto Ruy Sánchez dice en *De cuerpo entero*:

La llegada al puerto, el pausado desembarque en un aire lleno de agua, el tiempo detenido en el que habíamos entrado, las voces del mercado mezcladas con el canto del mar, eran una experiencia irremplazable. Ahí mismo sentí que eso valía la pena tratar de escribir. Que esos momentos eran mi paraíso, y que tenía que ser capaz de dar cuenta de ellos en palabras que fueran fieles a su espíritu de intensidad más que a su anécdota. Ese fue para mí el comienzo de “la prosa de intensidades” (Ruy, 1992: 44-45).

El encuentro con la cultura como aporte a la prosa de intensidades, en Essaouira, Marruecos, antiguo puerto de Mogador, es como el interior de una caja de madera de tuya donde se puede guardar lo que se desee; carácter ilusorio y vacío que permite a las personas depositar en esta ciudad una parte de sus deseos y colmarlo de vivacidad. Por eso Mogador, la ciudad que algunos dicen que no existe, pero se lleva muy dentro, o aquella que se halla en la costa atlántica del norte de África, la del nombre silbante *SSUEIRA*, la ciudad del deseo, es la materia con la cual Alberto Ruy Sánchez ha construido a lo largo de muchos años otra ciudad, imaginaria y erótica, donde suceden sus novelas, relatos y poemas que se enlazan en el cuerpo de quien las lee y se apropia de ellas, atiborrando sus deseos de intensidades.

La sensación erótica en la llegada inicial al puerto que se vive como penetración es al final asombrosa comprobación de que el personaje que relata, el narrador o poeta, así la vive también. No es una declaración objetiva desde una tercera persona distante, es un personaje más quien lo dice. Quien nos mete, en su experiencia poética y erótica, en su asombro. Hace del narrador alguien flotante en luz (Ruy, 2018: 15).

Ruy Sánchez explica la razón de su escritura en *Al filo de las hojas*, donde expone el impulso narrativo que utiliza José Martínez Sotomayor en su novela *La rueda del aire*. Otros ejemplos se encuentran en la prosa de escritores modernistas como Gilberto Owen y Xavier Villaurrutia, por lo que esta forma de novelar no es exclusiva del autor, quien solo se deja llevar por las intensidades que le permite la palabra —ser un poeta de la prosa—, marcando la cadencia de las imágenes volcadas en el texto.

Un conjunto de intensidades se vive momento a momento, deseando seguir en la búsqueda de más sensaciones en una especie de espiral interminable donde se manifiesta la revelación poética del cuerpo del amado como un ser inaccesible, unido a la metáfora de la ciudad de Mogador, a la que se desea conocer e introducirse por sus calles laberínticas, siempre conducido por deseos y sensaciones, las mismas que se experimentan cuando se pretende conocer al amante:

Voy hacia ti, lentamente. En la noche, el brillo de tus ojos me conduce. Veo tu rostro en ese sueño. Veo tu sonrisa. Me dices algo que no entiendo. Te ríes. Entonces me lo explicas con las manos, tocándome. Dibujas tu nombre en mi vientre, como

un tatuaje, con letras por ti inventadas, que son caricias. Voy hacia ti, con infinita paciencia, como si un inmenso mar entero fuera la medida de este viaje. Voy de la orilla de mi cuerpo al tuyo. Tu sonrisa es mi viento favorable (Ruy, 2015: 236).

La prosa de intensidades se presenta como inalcanzable: por momentos se tiene como el mismo deseo, pero hay que estar en esa constante búsqueda de nuevas experiencias que fluyen de manera siempre tan distintas para que este deseo no se apague y siga presente: es sentir un instante que va hacia uno mismo, pleno de sensaciones. Tal como la prosa poética, la de intensidades es una narrativa que se basa en recursos propios de la poesía con la cual se expresa. Para Barthes la poesía dentro de la prosa es una cualidad, una sustancia inherente al ser humano:

La poesía ya no es una Prosa ornamental es una cualidad irreductible y sin herencia. Ya no es atributo es sustancia y por consiguiente puede muy bien renunciar a los signos, pues lleva en sí una naturaleza y no necesita señalar afuera su identidad: los lenguajes poéticos y prosaicos están suficientemente separados para poder prescindir de sus signos de su alteridad (Barthes, 1999: 48).

Barthes nombra a esta forma de la escritura como *estado cero*: “realiza, pues, un estado posible sólo en el diccionario o en la poesía, donde el sustantivo puede vivir privado de su artículo, llevado a una suerte de estado cero, grávido a la vez de todas las especificaciones pasadas y futuras” (Barthes, 1999: 53). La prosa de intensidades construye un enigma, una escritura del desierto, inmensa como este sitio que atrapa al lector y viajero capaz de adentrarse en este lugar de ensueño.

En esta prosa de intensidades se muestra la experiencia sensorial de los personajes como Fatma, la protagonista de *Los nombres del aire*:

Ella miraba fijamente la línea que el cielo y el mar comparten durante el día, la orilla que pierden cuando llega la noche a unir en secreto a todas las telas. Ya en la obscuridad, era una línea de estrellas la que sus ojos fijaban, una línea clara reflejada a lo lejos sobre el agua” (Ruy, 2015: 152).

A través de la mirada de Fatma el lector puede percibir el mar, la noche, sentir las telas, tocar el agua, mirar las estrellas; este es el asombro que provoca la prosa de intensidades.

En el ciclo de Mogador la intensidad se desnuda de paraísos y jardines, de espirales interminables por conocer, porque la literatura trasporta a nuevos lugares, por eso Mogador atrapa: por su perfecta geometría hecha a la medida del deseo desde la dimensión de las pasiones es visible, lugar en el que el sueño y la vigilia se unifican.

La prosa de intensidades expresa los deseos del mundo, los vive a partir de esa complicidad con la lectura, de una ciudad que revela las laberínticas edificaciones del deseo para permanecer en la búsqueda de lo inexplicable que todos poseemos. Permite mirar todo lo que está a nuestro alrededor de manera distinta, percibir una nueva luminosidad en el ambiente y sentirse un sonámbulo más que habita en Mogador. Es la exploración del cuerpo, del deseo y, más allá, de aquello imperceptible que se sabe existente; es tocar lo invisible, hacer un vínculo entre lo tangible y lo intangible en la manifestación imaginaria del cuerpo; es aprender siempre algo distinto, vivir con intensidad cada detalle que se presenta.

El *Quinteto de Mogador* se compone de piezas sueltas que se tejen en deseos amorosos de los Sonámbulos, como un rizoma. Los personajes se unen en el amor, son ramas que crecen, se complementan y añoran. La idea es crear historias enlazadas en las que todas se fusionan: un texto evoca a otro, libros que se pueden leer por separado pero unidos encuentran un sentido total. Para Graciela Monges Nicolau (2004: 87):

La sexualidad adquiere el carácter humano en la medida en que la penetra, la invade y la impregna la exigencia propiamente humana; por eso siempre se puede apreciar en ella cierta nota de posesión, cierto matiz de dominio y también un afán de estima y reconocimiento mutuo, sentimientos que el lector puede apreciar en los textos de Ruy Sánchez.

Esta prosa va más allá de denominar la literatura erótica, es una escritura que refleja un profundo encuentro con el ser, un acercamiento a la intensidad de vivir la vida cada instante y percibir los diferentes estados del

amor, por lo que se asocia con la escritura árabe: esos *Kama Sutrás* de los que se hace mención en *Quinteto de Mogador*, como *El collar de la paloma* de Ibn Hazm y el *Tratado del amor* de Ibn Arabi.

En los textos de Ruy Sánchez hay un elemento que, como la ciudad amurallada, se encuentra constituido por un mandala; son los azulejos árabes, *zelijes*: juntos conforman estas figuras, por separado funcionan por sí solos, pero se concatenan para recrear la magia y sentido en su totalidad. Una perfecta armonía se presenta en estas figuras asociadas con la imagen del caleidoscopio, por ser piezas organizadas de infinitas maneras; esa estructura permite la construcción de representaciones gráficas que cambian constantemente; la prosa de intensidades refleja esta geometría perfecta. Para Michael Abeyta (2007: 14):

En sus novelas Ruy Sánchez busca la misma fluidez dinámica que se encuentra en las catedrales góticas y que depende de los componentes mínimos de la ensambladura, de la conectividad entre ellos. Como entre los obreros que levantan las catedrales, la geometría de la narrativa de Ruy Sánchez no se extiende desde una estructura total, sino que depende de la posibilidad conectiva de lo que él llama las intensidades, imágenes poéticas que tendrían la misma función que los cortes de los constructores de las catedrales. Por eso, Ruy Sánchez suele comparar sus narraciones con la artesanía.

La obra de Alberto Ruy Sánchez muestra en esta prosa de intensidades la combinación con la poesía: sensaciones provocadas al entrar en este espacio. Cada detalle que en él habita es un universo: calles laberínticas, la plaza principal en forma de caracol, el *hammam*, murallas que recubren a la ciudad, casas y, dentro de ellas, jardines ocultos unos tras otros como una espiral interminable. Solo se hace accesible este espacio para aquel que gusta de adentrarse al paraíso sensorial: ver, oler, tocar, gustar, oír; percibir cada instante eternizando un momento, deteniéndolo para apreciarlo y asombrarnos en esta experiencia.

Alberto Ruy Sánchez escribe su obra a partir de la exploración del deseo femenino, inducido por escuchar mil y una historias de mujeres jardineras, quienes se expresan con más precisión en *Los jardines secretos de Mogador*. Destaca que todo el conjunto del *Quinteto de Mogador* hace énfasis en esta parte del deseo femenino, aquel que se sabe pronunciar con sutileza; florece poco a poco para convertirse en fuego; la llama de la pasión se congrega en la poética del autor. Pero no solo es el deseo femenino, este se complementa con el masculino para crear una fusión entre ellos, unirse en la pasión de los amantes, saberse enlazados, ser enamorados de la vida. En *En los labios del agua*, Juan Amado busca las huellas sonámbulas de Aziz Al Gazali, impulsado por escribir e indagar todo aquello que trata sobre los fantasmas masculinos. Y en *La mano del fuego*, la historia de Zaydún es contada por el Gran Jalaquí: una mezcla de erotismo y sueños amorosos de aquel que toca lo invisible con la mano.

La poesía se vivifica en el momento de recrear el poema y apropiarse de este como de un amante que se desea; solo la sensación de tenerlo produce el placer de sentir libertad. Allí es donde se enlazan las palabras, el recurso del autor para crear su obra.

La obra de Ruy Sánchez muestra, con esta prosa, sensaciones que se tienen al entrar a un espacio nuevo como Mogador; la ciudad se descubre y no termina por revelarse, es un lugar que se puede sentir en uno mismo. Un sitio inaccesible y anhelado, permisible para aquel que se adentra al paraíso sensorial y percibe cada instante, un momento detenido para apreciarlo y asombrarnos con esa experiencia, porque de eso trata la poesía: vivir intensamente a partir del asombro de esas imágenes puestas en cada palabra.

LOS SONÁMBULOS: HABITANTES DE MOGADOR

La obra de Ruy Sánchez se colma de esta escritura, una imagen poética que nunca cesa. Las imágenes se presentan como metáforas, conmueven y provocan, desencadenan la reflexión, la exploración de las emociones. Pone en el mundo lo inusitado, aquello relevante y trascendente notado por pocos; son los sonámbulos quienes se dejan fundir por sus pasiones. Con ellos, el *Quinteto de Mogador* se permea de deseo; la aventura amorosa marca el viaje de los amantes con una expresión sensual que conduce por imágenes eróticas y crea un universo sensorial en el que las palabras se llenan de sensualidad.

Aquellos viajeros de Mogador serán sonámbulos, seres con un deseo insaciable de vivir, de amar, de percibir lo invisible; viven en un eterno apetito por el otro, en una necesidad de poseer, dejarse llevar, sentir el deseo que está en todo, en cada sensación y emoción; es interminable el sentimiento de entrega y pasión, de esperar la noche para amar al amante: “es cada vez más grande esa involuntaria sociedad secreta de hijos de la noche, de huérfanos del sol. Vampiros sin colmillos, la luna nos regala de cualquier modo su luz metálica sobre aquellos que deseamos” (Ruy, 2015: 255).

Para el sonámbulo los sueños son de gran importancia: inagotable fuente de información sobre uno mismo, entrada a un mundo misterioso, la exploración del deseo velado; solo a partir del viaje onírico se redescubre el sentido de estar despierto. Se presentan como imágenes incoherentes, donde se pueden encontrar circunstancias inexplicables; son espejos que muestran al otro, a uno mismo desfragmentándose para destrozar el tiempo, pues en el sueño no hay tiempo; según Joseph Campbell (1999: 74): “el sueño está basado en un cuerpo de experiencias que tiene cierta importancia en tu vida y no sabías que estaba influenciando sobre ti”.

Una revelación sucede al vivir entre sueños. El sonámbulo es una condición que afecta a los sueños y los movimientos, una atracción descomunal; implica mentes obsesivas en la exploración constante de una persona especial, un apetito que hierve dentro de cuerpos dóciles, sin distinguir entre la realidad y el deseo; es alcanzar siempre lo que se propone y, al llegar a la meta, de nuevo surge la búsqueda.

En *Los labios del agua* se habla de una casta; son privilegiados aquellos que se dejan arrastrar por sus pasiones:

La casta de Los Sonámbulos no es una secta, una raza o una sociedad secreta. Aunque tenga mucho de las tres. También tiene algo de enfermedad genérica y de delirio comunitario. Pero es más un misterio compartido por hombres y mujeres en diferentes tiempos y lugares (Ruy, 2015: 246).

Los cinco libros que componen el *Quinteto de Mogador* refieren al sonámbulo; así como ocurre con la prosa de intensidades, es imprescindible hablar de los sonámbulos para referirse a la obra de Alberto Ruy Sánchez: son los causantes de la pasión desbordante que se lee en este ciclo del deseo; seres capaces de crear nuevas realidades a partir de su profusa imaginación. No hay límites si se vive como un sonámbulo; la vida en sí misma se torna diferente: vivir a partir de las intensidades del deseo.

Los sonámbulos son también unos apasionados del ámbito nocturno, este que da origen y fin a la existencia; la noche, permanente, acoge a los amantes ávidos de historias que se ciñen con el ardor del deseo. El alba es, para la casta de los sonámbulos, “el momento de comprobar que la noche sigue habitándolos y ahí habla y habla, está llena de fantasmas del deseo protegidos por la obscuridad” (Ruy, 2015: 489).

El deseo es el motor y la razón de la vida para el sonámbulo, la plenitud que engendra y recrea la pasión de los amantes, una búsqueda que otorga sentido a su existencia. El deseo se torna el camino que lleva a la felicidad; su objetivo es el encuentro amoroso con el ser amado.

La vida se conduce a partir del deseo; la misma ciudad de Mogador, con su geografía, es el símbolo que representará el deseo para el autor. Logra así una íntima dimensión del erotismo a partir del lenguaje, la espiral del deseo, el laberinto que conduce por un recorrido minucioso de cada lugar para adentrarse al amante, espacios donde se logra imaginar el encuentro amoroso. De ahí que la atmósfera perfecta para que esto suceda sea Mogador: prevalece el acto erótico, la vida interior donde los sentidos cobran importancia.

En la obra de Ruy Sánchez cada sonámbulo se colma de esa dimensión erótica vasta en un universo sensorial: es preciso que la vida se mantenga en esa constante búsqueda de sensaciones. La literatura, a través del recurso de la sinestesia, permite seguir siendo cómplices de las percepciones propias, seres sensibles, y gozar de cada experiencia que proporcionan los sentidos.

La atracción sonámbula es colmada de pasión, de fuego. Estas personas son fieles a sus obsesiones, un magnetismo inexplicable las atrae hacia otros cuerpos deseantes; la sensualidad se desborda. En esta aventura

la lectura incide en la fantasía, recrea cada espacio imaginado, cada rincón del deseo impulsa hacia el absorbente estado de ser un sonámbulo más, un habitante de Mogador.

EL CUERPO Y SUS MUTACIONES

La obra de Ruy Sánchez está permeada de la relación con el cuerpo y la transformación que sufre. El deseo también mueve a los cuerpos, los transforma, permite que se reconozcan en una incansable búsqueda, porque no dejan de saciarse; una ley de seducción los posee: el lenguaje de las miradas que se llaman y afloran su fuego interior. La ilusión e idealización del otro se funde en el encuentro de los amantes, lentamente la llama del deseo cobra mayor intensidad, es la experiencia que liga la vida del ser humano con los sentidos y los deseos del amante.

En el cuerpo se impregna la memoria, un lenguaje vasto que va hacia un sentido interno vivido intensamente en un jardín invisible. Mogador es más que una ciudad, es la amante que se desea poseer, el cuerpo de aquel amado tan deseado e inaccesible a cada instante. Es descubrir nuevamente a la ciudad a través del cuerpo de la amante, de cada lugar que habita, desentrañar su jardín secreto. Un *Ryad*, como lo conocen en Mogador, es un jardín interno; el personaje de Jassiba es un jardín intenso de emociones, de continuos asombros. Los sentidos se perciben en Mogador, ciudad —mujer que se anhela y se redescubre a través del viaje por sus calles laberínticas, en su búsqueda incansable de sensaciones inacabadas que crean otras realidades—.

La ilusión e idealización del otro se funden en el encuentro de los amantes; lentamente la llama del deseo cobra mayor intensidad. Es la experiencia que liga la vida del ser humano con los sentidos, la forma del conocimiento con nuestro cuerpo y los deseos del amante:

El eros que arraiga en el suelo de todo ser, crece por ello en una tierra igualmente férax y sólida, levantándose hacia unas alturas hasta convertirse en un poderoso árbol que lo cubre todo, e incluso ahí donde se le veda el terreno, y es justamente la fuerza de su raíz hendida en la tierra, lo que le lleva a pervivir (Andreas- Salomé, 1998: 69- 70).

El deseo también mueve a los cuerpos, los transforma, permite que se reconozcan en una incansable búsqueda, porque no dejan de saciarse, una ley de seducción los posee; en palabras de Baudrillard (1989: 28):

La ley de la seducción es, ante todo, la de un intercambio ritual ininterrumpido, la de un envite, donde la suerte nunca está echada, la del que seduce y la del que es seducido, en razón de que la línea divisoria que definiría la victoria de uno, la derrota del otro es ilegible —y de que este desafío al otro ser aún más seducido, o a amar más de lo que yo lo amo no tiene otro límite que el de la muerte.

La ciudad cobra otro sentido, es el amante que despierta hacia la búsqueda y exploración, más allá de lo visible, para recorrer caminos que se dirigen a un despertar de emociones interminables. Una perfecta armonía se presenta en las figuras de los *zelijes* de Mogador que se asocia al caleidoscopio, por ser piezas que se organizan en infinitas maneras; esa estructura permite la construcción de imágenes que cambian constantemente. Así se expresa también *En los labios del agua*: “la vida, y en especial la vida de las pasiones, es como un caleidoscopio. Alguien mueve los espejos y somos otros en los afectos de todos los que nos rodean. Entonces ya nada puede ser contado de la misma manera” (Ruy, 2015: 239).

La espiral de la ciudad del deseo es misteriosa por estar cerca del laberinto, un sinfín y continuo renacer como el que sucede al amante de Jassiba en *Los jardines secretos de Mogador*, quien se encuentra extasiado, colmado por la nueva aventura que lo conduce a su amada. Cada vez con más intensidad, sus cuerpos se reconocen. Construyen el lenguaje de las miradas que se llaman y afloran su fuego interior: “el cuerpo es una presencia: una forma que, por un instante, es todas las formas del mundo” (Paz, 1996: 341).

En el *Quinteto de Mogador* las imágenes corporales son un juego de provocación, en el que la atracción y la conquista son el objetivo. A través del cuerpo se adquiere sabiduría, el reconocimiento de la belleza y el placer. La vida interior experimentada a partir del otro, que es una extensión del propio cuerpo, conduce al cuestionamiento del ser.

ELOGIO A LA MELANCOLÍA

Mogador es también un viaje hacia los confines de nuestro interior, un recorrido logrado a través del otro; el cuerpo del otro es el reflejo de nosotros mismos; se da a partir de una exploración, en la necesidad de buscar más allá de los límites de lo corpóreo, desde el rapto del encuentro con las miradas que se pierden en la añoranza y el anhelo de poseer para siempre a ese ser amado, sentir su piel como el caminar por las calles de la ciudad del deseo; por ello, cuando el amante se encuentra lejos, la vida se llena de melancolía.

Todos los personajes del *Quinteto* se ven inmiscuidos como melancólicos; los sonámbulos son propiamente seres que llevan a cuestas los deseos de sus amantes. Uno de los personajes más melancólicos en estos cinco textos es, sin duda, Fatma, quien en el *hammam* descubre la sensualidad que puede sentir: desea el cuerpo de Kadiya y, más allá de su ser, suspira por la amante, pues es ella quien le permite descubrir las gamas de posibilidades que habitan en su ser: sensaciones, emociones y sentimientos de los que puede ser capaz, el disfrute de su sexualidad y la manifestación de su intimidad. Después del encuentro, Fatma es otra; todos en Mogador se percatan de ello: su cuerpo habla por ella, en toda su piel se transmite el deseo; es, sin saberlo, otra sonámbula más:

Fatma miraba así la lejanía, la última línea azul donde el océano parece quieto. Y aunque en sus ojos no se reflejaba la profunda respiración del mar, al entrar el aire en su pecho parecían levantarse en él olas que luego descendían con suavidad, una tras otra, sobre las playas altas de su vientre (Ruy 2015: 151).

El *Quinteto de Mogador* conduce al reconocimiento de la melancolía, de sus cualidades mostradas en aquellos amantes, apasionados por el deseo, en la alabanza de unos sonámbulos que permanecen en la constante búsqueda. Vacío, soledad ante la ausencia, exploración incansable que lleva al encuentro con otros sonámbulos, deseo permanente y anhelo confuso es lo que viven aquellos que se encuentran inmersos en el estado melancólico.

La idea de la tristeza y la angustia se apodera de los melancólicos, esta da pauta al mutismo; el lenguaje es insuficiente cuando se añora al ser amado, el silencio y la soledad son los mejores aliados, cómplices de un sentimiento que se desborda como una pasión del alma, añoranza frecuente que conduce a una meditación profunda, padecer así de soledad y una obsesión por permanecer dentro de los sueños o que estos cobren sentido en la vida diurna. Es esta la enfermedad melancólica, como se explica en el libro *Cultura y melancolía* de Roger Bartra (2001: 11):

La melancolía es un fenómeno ligado a una amplia y compleja constelación cultural, que rebasa las consideraciones psiquiátricas y neurológicas que han tratado de confinarla en lo que se denomina depresión, enfermedad mental definida técnicamente como un desorden afectivo y asociada a déficits en las aminas neurotransmisoras del cerebro.

En la melancolía, resguardo de la individualidad, de la autoconciencia que define al individuo en su permanencia, un yo profundo se mueve en un mundo interior. En el recogimiento de la intimidad se desentiende de lo que acontece afuera: nada existe más que en él mismo; nada importa más que ese ensimismamiento; en su aparente pasividad todo acaece, es el dominio del ser. Pero para los ojos del otro no sucede nada: el hombre melancólico impávido en su viaje íntimo sufre de un dolor inexistente.

Vista desde la perspectiva del ciclo del deseo en Mogador, la melancolía es un efecto provocado por el deseo de encontrarse con el ser amado, en la añoranza de estar con él y, en la distancia, persiste el anhelo tan solo del acercamiento; la vida se ve de diferente manera desde ese primer instante de reconocimiento entre los amantes, nunca se abandona a lo que se ama, siempre persiste la intensidad de sentir; es una añoranza que se mantiene de por vida. Dice Alberto Ruy Sánchez (1992: 49): “mi jardín del tiempo, donde los mejores instantes viven y toman una forma flexible para convertirse en literatura”. Solo la sensación de tener ese jardín del tiempo donde queda el instante en que se unen los amantes produce el placer de sentir libertad; es una luz que enciende la piel del lector y penetra intensamente en su ser a través de esta prosa de intensidades.

POÉTICA DEL DESEO

La incógnita que la vida pone a su paso, en un constante devenir de situaciones —laberintos interminables inmersos en lo profundo—, conduce a vastos senderos, a veces espesos e impenetrables: juego de claroscuros que reflejan la existencia, un vacío develado que permite el surgimiento de la luz. Para algunos este tránsito se colma de asombros, la vida en sí es un asombro; en esta postura se encuentra la poética de Alberto Ruy Sánchez, por ello fascina el viaje imaginario a Mogador, la ciudad del deseo, la inaccesible. Una vez estando en ella, jamás se puede dejar, es un sitio interminable de anhelo, donde se suspira la brisa del puerto, se oye el gozo de los amantes conformando la unidad.

Mogador es el amante que se desea poseer, es viajar por los caminos del anhelo, como un impulso en una exploración minuciosa que lleva al asombro, revelación en donde la palabra surge para maravillar. Por ello se intuye la cartografía como técnica de trazar mapas, el arte escrupuloso, en la búsqueda de un esbozo perfecto. Las mismas caligrafías que enlazan la escritura mogadoriana evocan este boceto estético que no para de fascinar. Las manos de las mujeres perfectamente dibujadas con *henna* expresan rituales, símbolos de protección, conexión entre lo divino y lo mundano, la *baraka*, una bendición que da continuidad a la vida: la mano abierta de Jamsa, que en sus cinco puntos recuerda a la luna y a la fertilidad; mano que recibe, que cobija y toca.

En Mogador hay fascinación en la palabra, se contempla un engranaje de pasión y deseo; es el asombro que surge en el alma como un principio activo en el hombre: efecto provocado por sed de sentido, movimiento, reflexión y admiración. Desde esta postura la vida da un giro: lo que antes pudo ser visto como ocultamiento, ahora se convierte en una gama de posibilidades, en la experiencia y la indagación del ser.

El asombro es finito, pero, si se vive como un pasajero en la espiral de deseos y pasiones, deriva en un continuo maravillarse del mundo, da pauta para la apertura al saber, una invitación al reconocimiento. Los besos de los amantes redescubriéndose en sus cuerpos fijan la cartografía perfecta, seres que en silencio se impregnan de pasión, sensaciones y emociones que conducen al reconocimiento, el instante que no para de seducir. Los amantes son entonces como la ciudad de Mogador que llevamos dentro y sus murallas delinean el límite del brío en que habitan.

Instante interminable, demora del tiempo, momento infinito que solo los amantes saben gozar. Pero llegar a esta pasión por el asombro requiere apertura y paciencia, pues no todos saben ver ni sentir más allá de lo evidente, como los personajes mogadorianos que se adentran a estos caminos en los que se mezclan la tierra, el agua, el aire y el fuego: Fatma, Kadiya, Juan Amado, Maimuna, Jassiba y Zaydún son amantes del asombro.

El fuego con el que termina la obra es muestra del largo trayecto hecho con precisión para llegar al instante, así Zaydún se encuentra en la encrucijada que lo lleva a un camino de aprendizaje para escuchar el deseo del otro y tratar de comprender su naturaleza: “que el comienzo de todo camino hacia la felicidad sexual es antes que nada escuchar. Aprender a escuchar el deseo del otro” (Ruy, 2015: 759). De esta manera, exploración y pasión por Mogador son la misma indagación por el cuerpo de la amada, por los caminos del lenguaje en espiral expresados alrededor del *Quinteto*. Comprender y vivir el asombro es la finalidad del sonámbulo, ser observador de todo aquello que se encuentra en el camino de su existencia, reconocer con una mirada nítida y salir de la aparente sombra.

CONCLUSIONES

El *Quinteto de Mogador* es la indeterminación de la palabra, la llama del deseo que corre por el cuerpo de los amantes. Esto es lo que provoca el asombro, como una regla de la vida y de la creación que se conduce a partir del anhelo por el otro. La ciudad de Mogador, con su geografía, es el símbolo que representará para el autor el deseo. Logra, así, una íntima dimensión del erotismo a partir del lenguaje, la espiral del deseo, el laberinto que lleva por un recorrido minucioso de cada lugar para adentrarse al amante, espacios donde se consigue imaginar

el encuentro amoroso. De ahí que la atmósfera para que esto suceda sea Mogador, la amante perfecta; por ello se asocia a la mujer deseada, inaccesible para aquellos incapaces de descifrarla. Estar en ella es un reto, pues exige darles sentido a sus habituales cambios, organizados de infinitas maneras. Es un descubrir nuevamente a la ciudad a través del cuerpo de la amante, de cada lugar que ella habita, desentrañar su jardín secreto.

Mogador incita a reinventarse porque cada libro es distinto, siempre hay algo nuevo por conocer. Cinco textos que se pueden leer de diferentes maneras, pero encuentran su punto de confluencia: el deseo, la unión para los amantes. Alberto Ruy Sánchez expresa la idea de crear historias enlazadas como rizomas en las que todas se fusionan. Un texto evoca a otro, se pueden leer por separado pero unidos encuentran un sentido total. La obra no se encierra en un género, es un *zeliye*, en donde la diversidad tiene algo en común: permite que todo pueda convivir. Una prosa medida como en el mundo árabe y al-Ándalus: aquellos ilustran poemas como cuentos.

La forma narrativa juega también con esta figura porque todo evoca un fin. En sus voces y la autoría de quien escribe estos cinco textos persiste el impulso de formar al mandala. Territorio sagrado, una forma de representar el mundo, puerta de entrada a espacios profundos, es una estructura del universo y del ser humano, como una réplica microscópica del macrocosmos; es una razón vital, en ella se significa un saber originario, aquel que sentimos, que nos recoge y requiere nuestra atención; un saber que nos ayuda a conocer lo más hondo de nuestra vida y lo más cierto: transforma el vivir en experiencia. En la prosa de intensidades una sola palabra basta para que se generen una cantidad de frases, de instantes poéticos: es la palabra Mogador.

REFERENCIAS

- Andreas- Salomé, L. (1998). *El erotismo*. Barcelona: Herperus.
- Abeyta, M. (2007). "Catedrales, nómadas y cuerpo sin órganos: entre Gilles Deleuze y las novelas de Mogador de Alberto Ruy Sánchez". *Revista Iberoamericana* [en línea], vol. LXXIII, núm. 218. Disponible en <http://www.angelfire.com/ar2/libros/Catedralesnomadas.pdf> [consultado el 2 de marzo de 2020].
- Barthes, R. (1999). *El grado cero de la escritura*. México: Siglo XIX.
- Bartra, R. (2001). *Cultura y melancolía. Las enfermedades del alma en la España del Siglo de Oro*. Barcelona: Anagrama.
- Baudrillard, J. (1989). *De la seducción*. Madrid: Cátedra.
- Campbell, J. (1999). *El poder del mito*. Barcelona: Emecé.
- Monges, G. (2004). *Hacia una hermenéutica del deseo. Lectura de tres novelas de Alberto Ruy Sánchez*. México: Universidad Iberoamericana.
- Paz, O. (1996). *Ideas y costumbres II . Usos y símbolos*. México: FCE.
- _____. (2010). *El arco y la lira*. México: FCE.
- Ruy Sánchez, A. (1988). *Al filo de las hojas*. México: SEP.
- _____. (1992). *De cuerpo entero*. México: UNAM.
- _____. (2015). *Quinteto de Mogador*. México: Alfaguara.
- _____. (2018). *Soy el camino que tomo. Poemas marginales 1970-2018*. México: Uaemex.